

SAN MARTÍN EN LA ARGENTINA



EL testamento, nuestro sucedáneo de la inmortalidad, es siempre cosa seria, y más aún si hecho al final de la vida por un gran hombre habituado a que el público deduzca consecuencias de sus menores actos.

Ninguno de estos requisitos faltan en el de San Martín, redactado de su puño y letra seis años antes de su muerte. Abundan las pruebas, especialmente en su correspondencia, de que el viejo General estaba bien advertido de su papel en la Historia y confiaba en el juicio de la posteridad. Hombre, al fin y al cabo, del siglo XVIII, tenía el candor necesario para imaginar el futuro como un progreso creciente, sin democracia, comunismo ni bomba de hidrógeno, donde prevalecería la razonable opinión de las gentes de bien.

Por lo mismo reviste singular importancia el postrer acto jurídico para una interpretación de sus sentimientos, no siempre puestos en claro durante la agitada y cambiante actuación revolucionaria, ni bien interpretados por la a menudo sectaria hermenéutica de los historiadores. Tiene el documento una llaneza íntima y convincente de sinceridad, a la que contribuye en cierto modo la carencia del in-troito tradicional; aquella conmovedora pero ampulosa profesión de fe con que los españoles de la época (me refiero, claro está, también a los españoles americanos) entraban en la materia de su propia necrología, preparándose por escrito y con fecha cierta a bien morir.

Comienza con una breve invocación a "Dios Todopoderoso a quien reconozco como Hacedor del Universo". Y luego pasa a enumerar jerárquicamente los títulos que le ganó su espada: en primer término, los conferidos por el Perú de "Generalísimo de la República... y Fundador de su Libertad"; después, el de "Capitán General de la de Chile"; y finalmente, el de menor importancia: "Brigadier General de la Confederación Argentina", que fué nuestro grado máximo entonces, porque los argentinos conservamos algunos años la austeridad republicana de evitar la bambolla en los honores.

Pero nos interesa sobre todo saber a qué cosas y personas reservaba el General su predilección y afecto cuando en el silencio del gabinete disponía su última voluntad. Pues bien, fuera de las lógicas manifestaciones de cariño y confianza para su hija y yerno; del legado de mil francos anuales de pensión a su hermana María Elena (española de España) y a su sobrina Petronila; y aparte de la breve referencia al "bravo español don Francisco Pizarro", "cuyo estandarte tremoló en la conquista del Perú", San Martín sólo incluye dos frases estremecidas de contenida emoción: una dirigida al General Rosas, a quien legó su sable, con elogio que ya es célebre; mientras la otra dice:

"Desearía que mi corazón fuese depositado en Buenos Aires."

En la América española, las diversas nacionalidades surgidas a raíz de la independencia crearon situaciones extrañas. El señor Pérez, de Chile; el señor Rodríguez, de Colombia, o el señor Martínez, de Montevideo, son "extranjeros" en la Argentina, aunque desciendan de conquistadores y sus abuelos hayan peleado por la Independencia; pero el señor Cohen, oriundo de Varsovia, por nacer en la aljama bonaerense, es "argentino".

En la primera mitad del siglo pasado no se habían exacerbado todavía las quisquillosidades localistas y conservábase el hábito de la antigua unidad de los reinos de Indias bajo la común corona de Castilla. Así, el venezolano Bolívar constituirá su capital en Bogotá, y

colombianos o altoperuanos le aclamarán como su héroe nacional; García del Río será ministro y diplomático peruano y sanmartinista, aunque nacido en Colombia; y Rondeau, Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, quince años después se le acreditará como diplomático extranjero en Buenos Aires, representando a la nativa Banda Oriental. Artigas, "Jefe de los orientales", lo fué al mismo tiempo de cordobeses, santafesinos, correntinos y entrerrianos, y sobran, en fin, los ejemplos como el del porteño Blanco Encalada, Almirante en Chile, o del chileno José Miguel Carrera, inventor de la divisa colorada y no sé si del federalismo argentino; pues en aquel apasionante ajedrez de las guerras por la Independencia y la Organización, las piezas conservaban su valor cualquiera fuese el escaque del vasto tablero americano.

Con la antigua terminología, por cierto más exacta que la moderna, San Martín habría sido considerado *natural* de Palencia en el Reino de León, aunque nacido en las Misiones Guaraníes. Sus padres y sus cuatro abuelos, y presumiblemente también los demás antepasados desde tiempo inmemorial, provenían de dos pueblos palentinos: Cervatos de la Cueva y Paredes de Nava. Nació en Yapeyú porque el hado que dispone el destino de los militares trasladó allí a su familia un año antes, que si se demora el pase hubiera visto la luz en Las Vivoras, cerca del Carmelo, en la actual República oriental, y sin duda hubiese sustituido a Artigas en la veneración oficial de los uruguayos.

Criado desde los cuatro o cinco años en Málaga; de guarnición más tarde, casi todo el tiempo, en Melilla, Ceuta, Sevilla y Cádiz, su acento y sus maneras eran seguramente más bien de andaluz que de castellano norteño. Y en su breve pero fulgurante acción americana, que duró en conjunto diez años (desde su desembarco en Buenos Aires el 9 de marzo de 1812 hasta su dejación del mando en el Perú el 21 de septiembre de 1822), sólo residió en la Argentina los primeros cinco; o sea hasta aquel enero de 1817 en que emprendió el paso de los Andes. Si le añadimos su estancia en Mendoza, al regreso de Lima, y antes de alejarse para la Europa en 10 de febrero de 1824, más su primera infancia rioplatense, no sumaremos arriba de diez años, en setenta y dos de vida, como gran total de su permanencia en el suelo patrio.

Parece poco tiempo para asentar un arraigo afectivo y justificar su predilección porteña. Y sin embargo, sólo piensa al testar en rendir homenaje al "General de la República Argentina", que la defendió contra los extranjeros "que pretendían humillarla", y desea que su corazón "repose en Buenos Aires".

Esa declaración terminante de argentinismo y porteñismo solemnizada por esa especie de diálogo con la muerte que es el testamento de los viejos, y por esa especie de diálogo con la Historia que es el testamento de los hombres célebres; ese amor manifiesto por el lugar que era ciertamente el de su nacimiento ("su país, Buenos Aires", rezan las hojas de servicios al Rey), pero al que conocía poquísimamente, como él mismo confesaba, y por cuya ciudad capital había pasado sin detenerse en ninguna ocasión más de un año; esa distinción notoria que el Protector del Perú y Capitán General de Chile hace a la Argentina, no se debe a que ésta fuese el teatro principal de sus hazañas.

Porque la gloria la ha conocido en Chile; el poder, en el Perú; la educación y la juventud, en España; el reposo, en Francia, y aparentemente, lo menos importante de su vida pública transcurrió en

Por HECTOR SAENZ QUESADA territorio porteño, aun considerando como tal la amplia jurisdicción del antiguo Virreinato de Buenos Aires.

Es verdad que ha tenido alguna acción bélica, pero pequeña para el que conoció la jornada de Bailén; si bien en San Lorenzo, para demostrarse el azar imprevisible de las armas, casi pierde la vida. Pero no es sin duda la actuación guerrera lo que distingue su rápido paso por la tierra nativa.

Aquí ha tenido sobre todo el trabajo oscuro y paciente de formar militares: crea el escuadrón, más tarde regimiento de "Granaderos a Caballo"; reorganiza el Ejército del Norte y pone al día su enseñanza táctica; aconseja a Güemes el plan de defensa de la frontera con las Provincias Altas, y monta, por último, la máquina eficaz del Ejército de los Andes. Trabajo de oficina, que no de campo de batalla; esfuerzo silencioso y sin relumbrón de Estado Mayor, pero indispensable, claro está, para los futuros éxitos.

También se mueve, y aun con mayor actividad, en el plano político. Pero permanece retraído en las logias y en los despachos gubernativos sin asomarse a las cadilejas. No olvidemos que, como militar revolucionario, es ante todo un político que gusta situarse donde se manejan los resortes del poder. Interviene en la revolución de octubre de 1812; tiene sus adictos en la Asamblea del año 13, y más tarde, siendo Gobernador de Cuyo, depuesto por Alvear, sabe organizarse una asonada mendocina contra su reemplazante, al que amedrenta; y probablemente ve con beneplácito, si no coopera, la sublevación de Fontezuelas. Cuando el Congreso de Tucumán, será de los que instan a los diputados más resueltos y de mayor relieve (Saenz, Paso, Anchorena, Castro Barros, etc.) a la declaración del 9 de julio de 1816. Y mientras tanto, se gana voluntades para el gran proyecto de la expedición a Chile y Lima, y consigue la ayuda sin regateos de Pueyrredón.

Pero si la Historia juzgase solamente al Coronel Mayor José de San Martín antes de que se empinara sobre el pedestal de los Andes, nos contaría de un militar de tantos, sin duda contraído a su profesión, a la vez que hábil en los vericuetos políticos, pero sin relieve especial.

Vistos superficialmente, sus cinco años de vida pública en la Argentina podrán haberle dado satisfacciones, pero no hay nada en ellos que parezca comparable con el triunfo de Chacabuco, con la trascendencia de Maipo, con el simbolismo de la entrada en Lima ni con la apoteosis del "Protector del Perú y Fundador de su Libertad".

Buenos Aires, que era entonces la más hispánica de las ciudades de América, con sus blancas casas de azotea y "torres" a la gaditana, que llamábamos "miradores"; con su puerto, frecuentado por todas las banderas y asomado a las novedades del mundo; con su población preponderantemente de raza española, pero vestida y amueblada a la inglesa (como también ocurría en Cádiz, según Alcalá Galiano); con la gracia tartesiana de sus mujeres y el empaque de sus chisperos; con un cielo de Europa Meridional, refrescado por las virazones del río y el pampero acerado, y con el bienestar de una importante capital civilizada y rica, pudo, sin duda, atraer, con reminiscencias hogareñas, a quien había pasado treinta años en tierra andaluza. Quizás también la familia, pronto formada aunque también pronto deshecha por las andanzas de la guerra, pudo dejar placentera añoranza en el recuerdo del General.

Pero es probable que no fuese tan sólo la similitud del ambiente con el español, al que estaba acostumbrado, ni tampoco el encantamiento de la amable vida porteña lo que movió a San Martín, en 1814, a recordar únicamente Buenos Aires y la Argentina. Medió una consideración más alta y de justicia distributiva.

Porque al fin de cuentas, San Martín debía todo a la capital del Plata; no solamente el feliz arranque de su actuación americana, sino la gloria, la fortuna y la satisfacción, tal vez superior a todas, de la obra bien cumplida.

Pues un ejército no es otra cosa que lo que son sus oficiales. El jefe aislado, aunque posea extraordinarias aptitudes, no puede infundir su espíritu al material humano, a la masa inerte de la tropa, sin ese a manera de sistema nervioso que es el cuerpo de oficiales. Y éstos, en la cantidad y con las calidades requeridas, los encontró San Martín entre la muchachada porteña.

Juventud de a caballo reclutada entre la "Gente Decente", deportivamente capaz de domar un arisco o de torear en el ruedo como le gustaba a San Martín lo hiciera. En la destreza campesina de una sociedad de estancieros jinetes seleccionó felizmente los que podían conducir un escuadrón a la carga o aguantar a pie firme el fuego enemigo. Enthusiastas y audaces; tal vez un sí es no es demasiado jaques y presuntuosos, como correspondía a "porteños pintores", pero valientes, aguantedores y desprecupadamente generosos, sólo ellos pudieron cumplir la ardua odisea y enfrentarse, con la victoria de su lado, a sus réplicas los primos de ultramar.

Juventud porteña que dió a Mariano y Eugenio Necochea, a Félix y Manuel Olazábal, Juan José y Juan Isidoro Quesada, Juan Lavalle, José Olavarría, Manuel Isidoro Suárez, Manuel y Mariano Escalada, Manuel Rojas, Máximo Zamudio y muchos otros, sin contar los "mayores de treinta años", como Soler, Zapiola y Gregorio de Las Heras. Pues el Ejército de los Andes, a pesar de sus dos mil negros africanos; de sus granaderos a caballo, paraguayos o puntanos; de sus voluntarios de todas las provincias y aun extranjeros como Brandzen, O'Brien, Miller o Viel, era en realidad porteño en su núcleo inicial; porteño de corazón y porteño hasta por el garbo aristocrático de sus mejores oficiales.

Aquella juventud de Catedral al Norte y Catedral al Sur fué dividida más tarde por las banderías de la guerra civil. Pero aunque militasen en bandos opuestos, muchos supieron conservar los principios disciplinarios de su origen y la apostura de la escuela sanmartinista aun entre las turbas demagógicas y transmitir a las nuevas generaciones, cuando soplaban otros vientos políticos, la admiración por la gesta romántica que los llevó más allá de la gran Cordillera.

Buenos Aires fué aliento de la causa e impulso de la guerra, y sin ella no habría triunfado San Martín. Buenos Aires le acogió cuando, desconocido y sin parientes, volvía después de treinta años en Europa; y en la Argentina lo interpretaron y valoraron. Ella le dió hombres y recursos, la sangre de sus hijos y el estímulo del aplauso. La Argentina fué la peana para el heroico esfuerzo, y aun después del año 19, cuando nuevas dificultades e incomprensivos gobernantes abandonaron en Chile al conductor de ayer, la muchachada porteña que se enroló en el cuartel del Retiro siguió las banderas de su General. Y es por eso que cuando éste escribió su último diálogo con la posteridad tenía sólo presente a la Argentina y quiso que su corazón reposara en Buenos Aires, allí donde había encontrado los puntales firmes y duraderos de su obra hispanoamericana.